



En Ecuador el progresismo va a la cabeza para la segunda vuelta en la figura de Luisa González. rt.com

Rutas y escollos

El escenario electoral de la región sigue aportando noticias

Por DAMIÁN ALÍN

QUIENES queremos y esperamos cambios positivos en una región tan humillada como el sur de nuestro continente seguimos experimentando la cadena de insatisfacciones y desagradables accidentes de los últimos tiempos, ante la instituida puja entre un progresismo bastante generalizado y una tradicional derecha dependiente de poderes fácticos extranjeros.

En un contexto semejante, es frecuente la alternancia de las victorias de los sectores de derecha y siniestra, la violencia, las

campañas espinosas y reñidas, los reclamos por tal o más cual intento de trampas e intromisiones, el valor real o el ilusionismo de ciertas proclamas, la demagogia, el descrédito mediático y el uso –por los grupos oligárquicos y sus mentores– de nuevos métodos “legales e institucionales” para desbancar a gobiernos con una mayor proyección social e independiente. Y justo en ese devenir han estado inscritas este agosto las elecciones generales en Ecuador y Guatemala, y las de selección de candidatos en Argentina.

En la mitad del mundo

En el caso ecuatoriano, que movilizó a las urnas a más del 80 por ciento de los sufragistas, la lid concluyó sin que ninguno de los aspirantes lograra el número de boletas suficientes para proclamarse vencedor, por lo que todo quedó en la definición de los dos contendientes que irán a segunda vuelta en octubre: el binomio Luisa González Alcívar y Andrés Aráuz Galarza, por el movimiento de la Revolución Ciudadana, o “correísta”, que acumuló poco más de 33 por ciento de las boletas; y de la fórmula Daniel Noboa y Verónica Abad Rojas, del partido de derecha Alianza Democrática Nacional, ADN, con cerca de 24 por ciento de preferencia.

En sentido general, este resultado confirmó los pronósticos de las encuestas precedentes, a cuenta del actuar monolítico de aquellos que recuerdan y apoyan

la labor de reconstrucción nacional ejercida por la Revolución Ciudadana, y los tiempos de desmonte, desestructuración y crisis que le siguieron luego de la traición de Lenín Moreno y la tronchada ejecutoria neoliberal de Guillermo Lasso.

Las elecciones ecuatorianas estuvieron marcadas, además, por nuevas manifestaciones de la espiral de violencia que ha cundido en la nación a partir del descoyuntamiento, por las administraciones neoliberales, de las medidas y las estructuras de seguridad interna impuestas por la Revolución Ciudadana durante su ejecutoria gubernamental. El asesinato a balazos, de forma pública, del candidato Fernando Villavicencio, a escasos días de abrir las urnas, fue sin duda la nota cimera de esta ola criminal, cuyo combate deberá estar entre las prioridades de un nuevo poder ejecutivo.

El país del quetzal

En Guatemala, también el domingo 20 de agosto, las elecciones generales otorgaron una decisiva mayoría, con más de 58 por ciento de los votos, al abogado y diplomático Bernardo

Arévalo, del Movimiento Semilla, pretendidamente anulado por sus adversarios.

Bernardo es hijo de Juan José Arévalo, presidente de la nación centroamericana de 1945 a 1951, considerado el primer mandatario libre y popularmente designado por el voto del pueblo guatemalteco. En aquel período se produjeron más de 30 intentos de golpes de Estado y, más tarde, durante la administración de su sucesor, Jacobo Árbenz, militares traidores y oligarcas, con el total y abierto patrocinio de Washington, orquestaron una agresión armada que derrocó a las autoridades electas y opacó y ensangrentó por largos decenios las aspiraciones de las masas.

El nuevo presidente, cuya agrupación política fue incluso objeto de una “suspensión” por integrantes venales del poder judicial apenas unas semanas antes de ir a las urnas, remontó todas las adversidades convertido en una esperanza popular real para enfrentar el desastre social interno y las altas tasas de venalidad institucionalizadas. Surgido en 2014, el Movimiento Semilla se

define como reivindicativo de las aspiraciones mayoritarias de los guatemaltecos, y centrará sus empeños en el combate de la corrupción y el desarrollo social, entre otros temas vitales.

Aires malos

Mientras, en Argentina, los resultados de las elecciones, destinadas a confirmar a los aspirantes a la presidencia nacional, tomó un rumbo inesperado y alarmante con la victoria del extremista de derecha y pretendido líder antisistema Javier Milei, del titulado movimiento La Libertad Avanza. Con un discurso controvertido y presuntamente opositor a todo lo que estima “tradicional e inoperante” en el quehacer político nacional, Milei se proyecta como un “ácido reformador” de maneras autoritarias y tajantes, al estilo de uno de sus inspiradores, el expresidente norteamericano Donald Trump.

Sus propuestas incluyen un rosario de medidas contra programas sociales y entidades oficiales involucradas en esas y otras tareas clave, tales como reducción de los ministerios, de 18 a solo siete, para “recortar el poder del Estado”; privatización de servicios básicos, como educación, salud y pensiones; despido masivo de empleados públicos; dolarización total de la banca nacional; venta libre de armas y la propuesta del neoliberal expresidente Mauricio Macri como super ministro “para el mundo”, entre otras “iniciativas”.

Y si bien hay quienes aseveran que la lógica debe imponerse en el electorado argentino, lo cierto es que los estragos del gobierno macrista siguen acogotando, a pesar de la administración progresista de Alberto Fernández, lo que se traduce en desgaste también para una izquierda de la que la angustia social esperaba más. En tales aguas procelosas un “radical enojado y bravucón” puede pescar con suerte. No sería el primero ni el último.



Guatemala estrenará un gobierno de esperanzas, liderado por Bernardo Arévalo. sputniknews.lat